

Solemnidad. El Santísimo Cuerpo y Sangre de Cristo, Ciclo C.

El Cuerpo de Cristo comunica vida

En el día del Corpus la Iglesia celebra la presencia del Señor Jesús en el pan compartido que nos da la vida, que refuerza la fraternidad y la solidaridad entre los cristianos y nos interpela sobre el hambre y la miseria que viven grandes masas de la humanidad.

En el Evangelio del reparto organizado y solidario del pan como don y signo del Reino de Dios (Lc 9,11-17), más allá del género literario de milagro y de la historicidad, lo esencial es la manifestación del Mesías Jesús a través de un signo y una enseñanza que hoy constituyen una auténtica alternativa al sistema social del mundo globalizado. Lo admirable no es la "multiplicación" de panes, sino el "reparto" entre los necesitados. El milagro no consiste en multiplicar sino en dividir. Lo que es digno de admiración y rompe la lógica matemática es el pan compartido y repartido. Y este pan compartido sacia a todos. Éste es el gran milagro que la Iglesia proclama desde el Evangelio y la Eucaristía. Frente al milagro diabólico del capitalismo que consiste en multiplicar y superproducir, sosteniendo el crecimiento económico como objetivo prioritario del sistema, a costa de los empobrecidos, el milagro evangélico del Corpus consiste en dividir y compartir. La Eucaristía es sacramento que anuncia y anticipa una nueva realidad mesiánica, proclamando la muerte de Jesús, un cuerpo roto, como dinamismo liberador en una humanidad injusta y en una sociedad consumista. El texto paulino de la Eucaristía (1 Cor 11,23-26) revela a Jesús como pan, como un cuerpo que se ofrece y que se entrega, un pan bendecido, que se parte y se reparte para que nosotros aprendamos a compartir.

En descampado está también hoy la mayor parte de la humanidad, carente de las necesidades más vitales, sin pan y sin casa. Jesús invita a sus discípulos a realizar el milagro: «Dadles vosotros de comer». Probablemente ellos, como muchos de nosotros, pensarían que el milagro consiste en multiplicar los alimentos, y creerían que el problema es comprar. En cambio Jesús no compra ni multiplica, sino que parte y reparte. Jesús les muestra que más que "comprar" el camino a seguir es "organizarse" para compartir.

Jesús da una lección excepcional para que nosotros aprendamos a hacer el milagro y resolvamos esa cuestión que la humanidad tiene pendiente: el hambre. Bendecir el pan significa comprender que los bienes que da la tierra, en especial los que son necesarios para vivir con dignidad, no nos pertenecen, sino que son don de Dios para toda la humanidad, y si obramos en consecuencia y compartimos lo que tenemos, si organizamos nuestras relaciones económicas de acuerdo con esta convicción, si superamos así la injusticia que estructura nuestro planeta, habrá pan para todos y sobrará. Por eso el reparto de los panes adquiere su pleno significado en el reparto del pan eucarístico.

El sistema capitalista es injusto y se muestra cada vez más incapaz de resolver el problema de la pobreza de las dos terceras partes de la humanidad porque está basado en la idolatría del dinero, un dios que premia a los que le ofrecen como sacrificio la vida de los pobres. Las alternativas históricas a este sistema se muestran igualmente incapaces de satisfacer las necesidades de nuestro mundo, porque jamás podrán ser caminos de salvación las mediaciones que atentan contra la vida, la dignidad y la libertad de los seres humanos. La celebración de la Eucaristía, sin embargo, es la manifestación del Señor en nuestras personas y comunidades, que nos mueve a una solidaridad efectiva con los pobres a través del justo reparto del pan de la tierra para que todos puedan vivir, con dignidad y en libertad.

En los lugares donde se celebró el Corpus el pasado jueves, hoy domingo la palabra del Evangelio de Lucas (Lc 7,11-17) narra el milagro realizado por Jesús, que dio vida al joven muerto, hijo de la viuda de Naím. Jesús se presenta como el gran profeta de la vida. Ya el profeta Elías había realizado un signo semejante (1 Re 17,17-24) y por eso Jesús es reconocido por la multitud como un gran profeta, a través del cual actúa el Dios de la Vida, que se desvela por su pueblo y por los pueblos de la tierra, sumidos en la miseria de la muerte de tantos jóvenes y niños, víctimas inocentes. Y así el resucitado, vencedor de la muerte, del mal y del pecado, comunica su misma vida diciéndonos a todos en esta humanidad inmersa en la gran crisis de valores humanos: No llores más. ¡Levántate! ¡Resucita!

Esta palabra profética en defensa de la vida es el Evangelio que Pablo proclama como encargo directo de Dios. En la misión Permanente de la Iglesia Latinoamericana estamos convocados para ser testigos de este mismo Evangelio.

José Cervantes Gabarrón, sacerdote misionero y profesor de Sagrada Escritura